

MENSAJE A LAS FAMILIAS
Por Ana María Baldrich y Rubén Gravié

¡Feliz Pascua de Resurrección!



Llegue nuestro saludo fraternal a la familia cubana, lleno de alegría y esperanza en este tiempo pascual que estamos viviendo y en el cual celebramos de manera profundamente jubilosa la Pascua del Señor: el triunfo de Cristo sobre la muerte, con su resurrección y su paso glorioso de este mundo al Padre, dándonos la salvación, la felicidad eterna.

Este acontecimiento constituye el núcleo central de la predicación apostólica y se encuentra en la entraña misma de la fe cristiana; por consiguiente, representa el eje medular de toda celebración litúrgica de la Iglesia, especialmente de la Eucaristía, así como un acto de puro amor, como nos explicaba el Santo Padre, Benedicto XVI, en su mensaje pascual del pasado año:

“Amor del Padre que entrega al Hijo para la salvación del mundo; amor del Hijo que se abandona en la voluntad del Padre por todos nosotros; amor del Espíritu que resucita a Jesús de entre los muertos con su cuerpo transfigurado. Y todavía más: amor del Padre que vuelve a abrazar al Hijo envolviéndolo en su gloria, amor del Hijo que, con la fuerza del Espíritu, vuelve al Padre revestido de nuestra humanidad transfigurada.”

Este tiempo pascual, 50 días, siete semanas desde el Domingo de Resurrección hasta Pentecostés, nos invita a revivir esa experiencia de la resurrección del Señor, a la que estamos destinados todos los que creemos firmemente en que, como nos dice el gran apóstol san Pablo: «Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó entre los muertos, serás salvo» (*Rom 10, 9*). La invitación a descubrir el poder transformador de Cristo resucitado es siempre actual para todo cristiano

Por ello, los creyentes debemos ser personas profundamente optimistas y consecuentemente felices, porque nos sentimos amados por un Dios vivo, todopoderoso y eterno, que es todo bondad y misericordia, que cuida de nosotros con solícita ternura y que desea permanecer en nosotros para darnos esa alegría y fortaleza que permite ver los acontecimientos de la vida, especialmente aquellos dificultosos, desde un ángulo serenamente positivo, como dificultades que nos ofrecen un reto para crecer en la fe, como personas y también como familia. Recordemos las palabras del Señor: «...yo estaré con ustedes, todos los días, hasta el fin del mundo» (*Mt 28, 20*).

Muchas veces, lamentablemente más de las que deseamos, nuestras fragilidades humanas nos llevan a dejarnos agobiar por los altibajos de la vida; agobiados, no encontramos la mejor salida a nuestros problemas; agobiados, faltamos al amor en nuestras relaciones personales, ya sean familiares, laborales, o de amistad, y, por lo general, nuestras dificultades se agravan, al perder nuestro horizonte sobrenatural de hijos amados del Padre en Nuestro Señor Jesucristo.

Queridas familias: los cristianos somos personas de esperanza, que construimos nuestro quehacer mediante la confianza en el Dios de la Vida y del Amor; esperanza que no defrauda y que asegura el caminar por la vida. Esperanza que pone ante nosotros una herencia que el Señor ha reservado para cada uno de sus hijos, y que nos asegura la vida eterna en la felicidad de la contemplación de Dios.

Que nuestra Madre y Señora, María de la Caridad del Cobre, ruegue por nosotros y nos ayude a conservarnos siempre en la esperanza.